



BELLEZA Y ENERGIA FLUVIALES.

Imponente salto de agua cerca del Pozo Hondo, en
Sierra Tambores (Departamento de Tacuarembó).
(Fotografía Jorge Chebataroff).



Las tumultuosas aguas se precipitan violentamente salvando el escalón de resistentes calizas (Queguay Grande)

BELLEZA Y ENERGIA FLUVIALES

CALIZAS fuertemente silicificadas y muy resistentes, obstruyen el paso del río Queguay en su curso inferior y le obligan a formar una hermosa cascada.

Las aguas se precipitan tumultuosas por el estrecho paso de piedra y descienden del escalón natural rumorosas y deshechas en blanquísima espuma, que contrasta con el verdor de los sarandíes, pitangas y otros árboles que se aproximan a la orilla como si fueran atraídos por el maravilloso espectáculo.

En otros puntos del país, son el basalto

o el pórfido los que con mayor frecuencia determinan los saltos fluviales. La primera de estas rocas es la que da origen a la cascada del Salto Grande y las rápidas del Salto Chico del río Uruguay; la segunda hace irregulares los cauces de los arroyos del Este de la República.

En tiempo de lluvia, multitud de cursos de agua ofrecen cascadas que a veces resultan prodigios de belleza. Pero desgraciadamente nuestros arroyos se cansan pronto y hasta quedan cortados cuando deja de llover por espacio de uno o dos meses como acon-

tece con frecuencia, quedando los escalones de roca al desnudo, y en los hoyos que quedan al pie de los mismos aparecen cantos redondeados que se gastan gradualmente por los choques y los rozamientos durante las épocas de crecida.

En algunos cursos el agua desaparece por debajo de ingentes capas de cantos rodados diseminados a lo largo del cauce, y que protegen de esta manera al agua de la total evaporación; ésta reaparece y vuelve a desaparecer alternativamente hasta que por reunión de diversos tributarios su caudal se

hace suficientemente grande como para que el arroyo se atreva a desafiar a los rayos solares saliendo definitivamente a la superficie con gran alegría de los sauces, que alargan sus ramas y raíces como con intención de abrazar el agua, elemento misterioso creador de vida y característico de la etapa evolutiva por la que atraviesa el planeta, que fué tal vez demasiado ardiente en el pasado y será probablemente más frío en el futuro.

La visión de las cascadas y de los cursos de agua en los períodos de marcada pluviosidad, hace pensar en la inagotable energía que se desvanece en el tiempo, sin que nadie la aproveche captándola en beneficio de la humanidad. Tal vez este punto de vista del ingeniero o del economista no coincida con el del poeta o del artista plástico, que preferirán seguir viendo a las caídas de agua por tiempo indefinido, con su plenitud de aguas salvajes y bellas que corren desbocadas río abajo por entre la muchedumbre de



Rodeada de perenne verdor la cascada de Queguay es un derroche constante de belleza y de energía.



Hilo de agua formando un notable contraste con la oscura y tenaz roca en la región de Salto Grande del Uruguay.

árboles y de arbustos, espectadores incansables y sumisos arraigados en las orillas, mientras que algunas aves multicolores rubrican con su rápido vuelo el maravilloso cuadro de la naturaleza no hollada aún por el turista ni por las empresas explotadoras de panoramas.

Si el punto de vista del ingeniero y el del artista pudieran conciliarse, nuestro país, pequeño y pobre en recursos naturales, que necesita de la energía de sus ríos y que debe utilizar sus aguas para el riego y como vía navegable, ganaría bastante, porque desgraciadamente en nuestro medio son muchos los que piensan como ingenieros, o como artistas, o a veces no piensan nada.

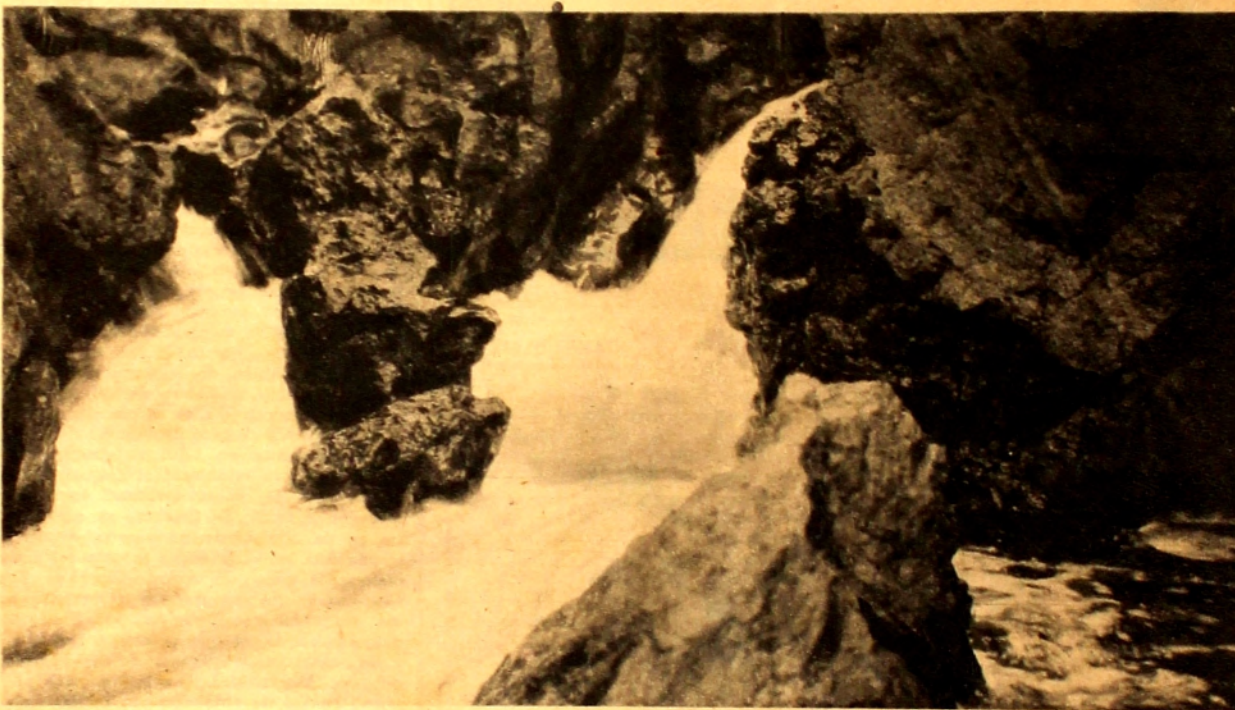
Es frecuente, por ejemplo, que se exploten los panoramas con tan ciego furor de ganancias a corto plazo, que ni siquiera se le da al interesado una verdadera oportunidad para contemplar cómodamente lo que resta del paisaje transformado, porque todo termina por reducirse al pago de sumas exorbitantes como si el nivel económico de nuestro pueblo fuera tan alto que le permitiera tirar el dinero como quien echa papeles al viento.

Luego están los que hablan al país desde las nubes o los que viven encerrados en sus torres de marfil y no conocen a su pueblo, y se alejan de él porque piensan que la distancia les da jerarquía, aunque posiblemente también no dejan que trasluzcan algunos de sus graves defectos.

Finalmente, abundan los que ven caer el agua... y nada más. Pero muchos de éstos tienen su perdón porque en la escuela donde se educaron se les habló muy poco de su tierra, ya que los propios maestros, fuertes en filosofías de la educación y otras de mayor vuelo, tampoco encontraron a nadie que les mostrara la bella realidad de la patria, de sus recursos y sus problemas, de la actividad de sus habitantes y de sus bellezas naturales, y se limitaron frente a los alumnos a recitar los nombres de las cu-



Arroyo torrencial del Valle Edén cristalino y apacible en los periodos de escasa lluvia.



Agua del río Uruguay despeñándose a través de oscuras masas de basalto.

chillas y los arroyos, sin preocuparse de enseñarles primero qué es una cuchilla o qué es un arroyo.

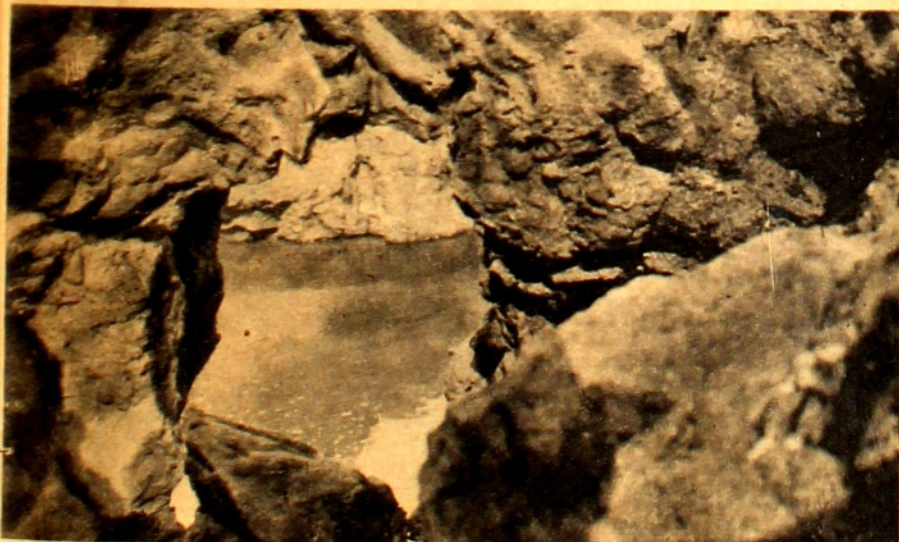
Antes de ir al trazado de grandes planes económicos para el futuro, debiéramos dedicar más esfuerzos y más tiempo al cono-

cimiento de nuestro suelo y de sus posibilidades. Por nuestra condición de país pequeño y de relativamente escaso número de habitantes, no podemos influir de una manera decisiva en los destinos del mundo. Pero, en cambio, podemos llegar a contar

con una economía próspera y bien asegurada y una organización ejemplar, mucho antes que algunos Estados mayores.

Jorge CHEBATAROFF.

Fotografías del autor.



Roca perforada por la acción milenaria del agua del Salto Grande del Uruguay.



Aprendiz de arroyo formando una de sus transitorias cascadas (Sierra Mahoma).

Festeje las fiestas con:

CHAMPAGNE VEUVE CLICQUOT PONSARDIN
COGNAC HENNESSY V. O.
Y TRES ESTRELLAS
COCKTAIL KOLA SECRESTAT




Otro aspecto del frente de la casa que construyera en Melo en 1783 (hoy Museo Lavalleja).

DON CIPRIANO Y EL CONTRABANDO

¡Ah, el velamen! ¡Cómo atraen al lusi-
tano aventurero las aguas conocidas o
"los mares nunca de antes navegados"! Y
hay otro estímulo: sus suegros, también por-
tugueses, le dan el ejemplo del negocio ma-
ritimo. D. Cipriano hace bogar sumacas y
botes a la inglesa, no se sabe de qué ma-
nera, porque, según sus confidencias, no
llevó capital propio al matrimonio; que sus
posesiones, en aquel entonces, se habrían
estumado en razón de posibles infortunios.
Y destaco lo de posibles, porque D. Cipria-
no por momentos es exageradamente llorón.
¡Ah, el velamen! Sus andanzas lo ponen en
contacto con el intendente Manuel Ignacio
Fernández, según propia confesión, y es co-
misionado para carenar en barracas del
Riachuelo, con la sumaca N.S. de los Do-
lores, entre otros barcos. Y allá en el Ria-
chuelo es también de los anticipados en
esa tarea viril y musciosa, que fijará para
siempre en nuestros días el pincel de mar
y de fuego de Benito Quinquela Martín.
Simultáneamente, en 1778, el mismo Jefe
lo habilita para establecer el resguardo en
Montevideo. De haber exactitud en mani-
festación y fecha, D. Cipriano se convertiría
en un adelantado de nuestra Aduana,
creada ésta en 1779, según lo demuestra el
historiador amigo D. Ariosto González. D.
Cipriano habría comprado y compuesto a
sus exclusivas expensas, con varias pérdi-
das, algunos botes que prestaron servicios
a las rentas reales para la defensa econó-
mica de Montevideo. Que ya nuestra pe-
queña ciudad de entonces, con medio siglo
de vida, necesitaba del contralor. ¿Quién
mejor que el portugués —se habrán dicho
en Buenos Aires— para iniciar la empre-
sa? Si él es, ante todo y sobre todo, un
iniciador... Y esa tarea, de la que será te-
niente y segundo comandante por bastan-
tes años, le da calidades de enemigo públi-
co número uno del contrabando, gran señor
de la época. Pero Montevideo, no obstante
lo reducido de sus murallas, es entonces
mucho más de lo que entendemos hoy por
los 664 kilómetros cuadrados. Montevideo
es todo, lo abarca todo hasta el territorio
de las Misiones, famosas por el posterior
paseo triunfal de don Frutos. Y quizás siga
siéndolo, si tenemos en cuenta la macro-
cefalia de que habla un distinguido diplo-
mático, aunque traten de emanciparse mu-
chos progresistas ambientes y poblaciones
con toda justicia. No hay suficientes guar-
días para evitar el contrabando en ese am-
plio territorio. De ahí que el segundo co-
mandante del resguardo montevideano cor-
ra y aprehenda. Y aprovecha la experien-
cia adquirida para exponer sus opiniones.
Le impresiona el estado social del gaucho,
al que también llama changador. Da su ju-
icio afirmativo sobre la calidad de los blan-
dengues, que para él sólo necesitan un gran
jefe, en profecía o preludio de artiguismo.
Y hasta llega a exteriorizar su sensibilidad
casi poética, ante la maravilla de nuestra
quebrada naturaleza. Es un hombre múlti-
ple, de Melo. Nada de lo humano, como al
personaje de la farsa clásica, le deja de
interesar. Corre y aprehende. Norte, Sur,
Este y Oeste. Todo le resulta pequeño pa-
ra su concepto —su concepto— del cumpli-
miento del deber. Para él, nuestros límites

naturales son sólo puertas abiertas al pase-
je libre e ilegal de reses y más reses. Corre
y aprehende. Los grandes contrabandistas
le son gente conocida. Sabe cómo atacarlos.
Conoce el material humano que debe vigi-
lar. En algún momento, los que viven al
margen de la ley le serán también necesá-
rios para perseguir a sus congéneres. Que
no es época de andar con remilgos. Nuestro
siglo XVIII no es un salón versallesco,
por cierto. Si se acompaña de buenas gen-
tes, de más o menos tranquilos y honestos
empleados del Resguardo, en calidad de ba-
queanos, todo le espera menos el éxito.
Tiene que ser acompañado por hombres de
pelo en pecho. Y como harán algunas poli-
cias modernas que ocuparán a gentes del
oficio delictivo para reconocer y meterse
en las guaridas de los contraventores, él
sabe que el matrero bien pagado y mejor
comido —bien comprado— además de las
ayudas del temor, le será segundón funda-
mental en actividades de guía. Conoce pre-
cedentes, lo que le permite darnos nombres
pintorescos y citas de a modo de no publi-
cadas crónicas policiales de antaño. Más o
menos de esa manera, y sin exigir títulos
de pureza o mayores cartas de recomenda-
ción, se había reclutado a individuos que
prestaron, según él, buenos servicios: D.
Pedrito José Jara, por otro nombre, bien
significativo, Pepe el ladrón; José de Cas-
tro Viejo (a) Pepe el mellado; Carlos Gran-
de y el correntino Tadeo Alcaraz. Otro



Una vista del tradicional banano, tomada des-
de la planta alta.

EN EL BAÑO Y LA COCINA
TENGA SIEMPRE A MANO EL

Pulidor BAO



LIMPIA SIN CANSAR - CUIDA SUS MANOS

JANET BLAIR
(COLUMBIA PICTURES)

MALLAS
Country Club
AMERICAN LASTEX





Una de las escaleras de la mansión

ejemplo: Santos Changador (¿el changador o gaucho Santos?) pasado de su materna condición a la de blandengue, al frente de seis hombres batió, a fuego y daga, con algunos muertos —entre ellos el blandengue Serrato—, a una partida de treinta y cuatro paulistas, lo que le llevó a decomisar grandes cargas de tabaco y caballada de los contrabandistas. Cosa parecida hizo el baqueano portugués Andrés Cabral. De esta última nacionalidad eran los colegas de pasado y presente Juan González y Francisco Pinto. Y españoles: Salvador Gó-

mez, Agustín Ibáñez, José Núñez, Juan Medina y Andrés Mendoza, amén del indio Gregorio y el negro Canga. Como puede apreciarse, razones tenía D. Cipriano para abogar por la reivindicación del matrero, convirtiéndolo en guardián asalariado de las leyes. Pero entiende que a estos baqueanos "sui-générés" hay que darles una parte doble de la presa, que la correspondiente a un soldado. "Faltando este aliciente, yo no comprendo como pueden unos hombres de baja educación y costumbres inurbanas empeñarse en pasar frios y hambres y riesgos de la vida por un pre tan corto que apenas alcanza a su subsistencia, y mucho más cuando de los encuentros con los infractores no les resultan mayores honores, y pierden de positivo el premio que a manos llenas les brindan aquellos en semejantes casos".

Este baqueano que estudia de Melo es también un anticipo de la masculina pintura que traza Sarmiento en el *Facundo*, aunque aparece un tanto mezclado con su concepto del rastreador: "...su utilidad es extraordinaria por el conocimiento de los lugares y habilidad para seguir los rastros..." D. Cipriano sigue persiguiendo. ¿Que esa lucha en tierra y en mar le facilitará algún negocio? Denuncias hay. Y sumarios. Y prisiones. Pero el pleitista terrible que hay

bajo su incansable signo le permite salir bien de todas las emergencias. Por lo menos, de las actuaciones sumariales no queda nada en su contra.

Hasta 1790 sabemos de tres causas que se le siguieron. Una, anterior al 81, por la que estuvo preso en Buenos Aires, en la sumaca Buen Jesús del Buen Fin; otra, mientras ocupaba la superintendencia D. Francisco de Paula Sanz, debe haberle traído sus buenos dolores de cabeza a D. Cipriano, pero esa situación crítica terminó con una Real Orden por la que se le sobreyó y, finalmente, la separación como teniente del Resguardo, en 1790. Para quien, a través de muchos rancios folios, había llegado a tomar simpatía por D. Cipriano, resultaba terriblemente intranquilizador hallar en el inventario de sus papeles, realizado inmediatamente después de su deceso, anotaciones como la siguiente: "... y una Real Zedula (sic) separando del resguardo a D.n Manuel Zipriano..."; "... varios papeles y ordenes sobre la prision del finado Melo...", etc., etc. Todo, por desgracia, material perdido, ya para justificarlo, ya para hacerlo objeto de un juicio lapidario. Mal terreno para la imaginación, éste de los informes ultrasintéticos, que puede resultar aliado de la injusticia. Lo ocurrido fué más o menos lo siguiente: doña Ana Joaquina de Silva, su mujer, emprendió, con el consentimiento marital, ciertos negocios marítimos, en tiempo en que el administrador tesorero de la Real Hacienda, Ximénez de Meza, fué acusado de malversación de fondos, lo que llevó a la cárcel también al primer Comandante de nuestro Resguardo, Francisco de Ortega Monroy, entre cuyos papeles se hallaron cartas de D. Cipriano. Con el nerviosismo peculiar de un hombre que es capaz de mover cielo y tierra para defender lo que él cree que está dentro de su derecho, este hijo de Lisboa apela ante Buenos Aires.



Las viejas ménsulas del romántico edificio

Papeles van y vienen. Se llama a testigos. Finalmente, todo termina con un fallo absolutorio que habla de "los particulares meritos y servicios que tiene hechos a la Corona y al Publico; los cuales lo constituyen en la clase de mui útil vasallo y servidor del Rey, y acreedor a toda indulgencia en los presentes autos". Pero, eso sí, a doña Joaquina se le hizo saber que en lo futuro tendría que abstenerse de todo género de comercio marítimo.

Año intensísimo este de 1790 para nuestro hombre. Pues mientras hubo que arrojar mucha arenilla sobre papeles judiciales para secar alegatos y argumentos y prue-

bas, fué menester hacer lo propio con el amplio informe elevado por él acerca de la defensa de nuestras fronteras. Pero la extensión del mismo obliga a sintetizarlo en próximo artículo, (1)

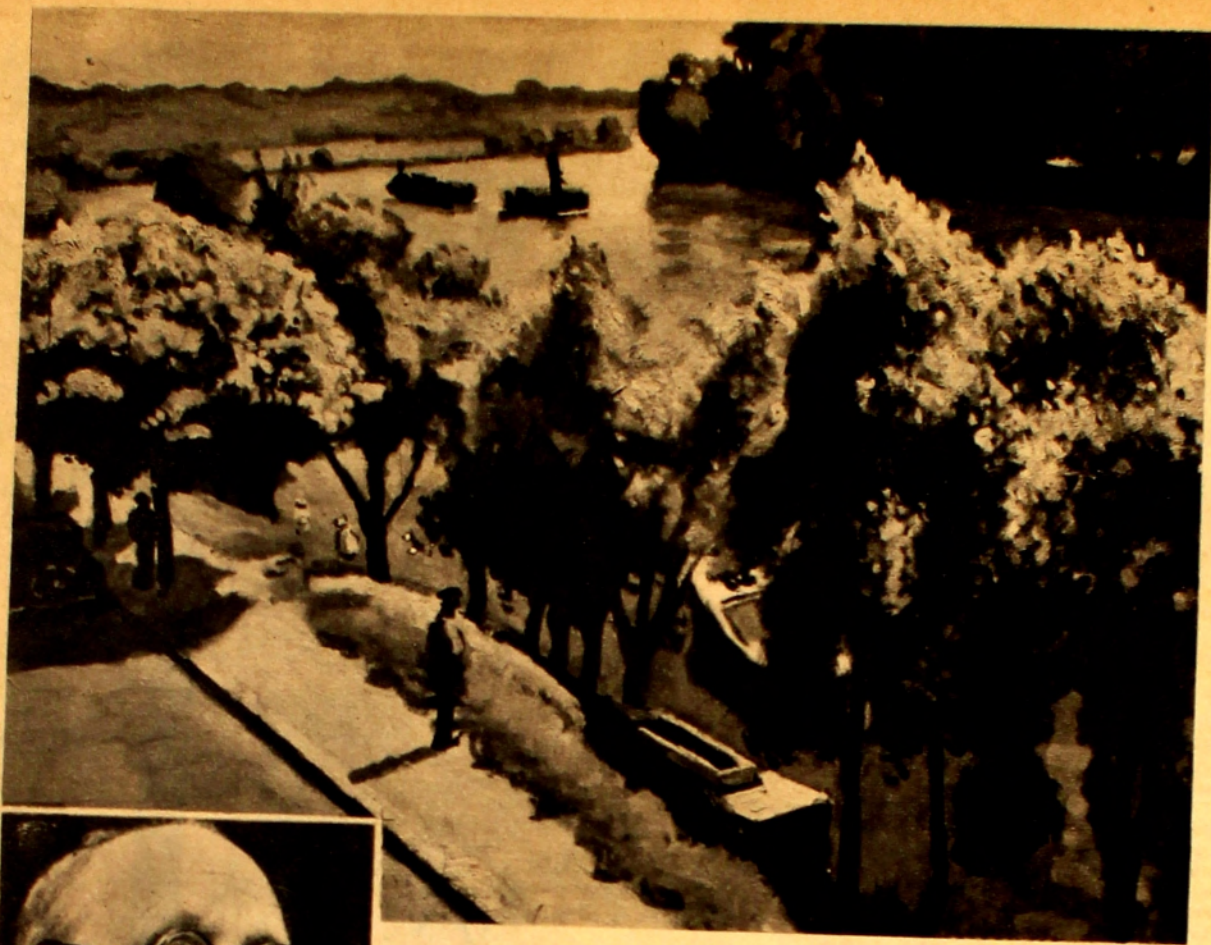
(1) Ver Suplemento de EL DIA. 12 de diciembre de 1948.

J. C. SABAT PEBET.

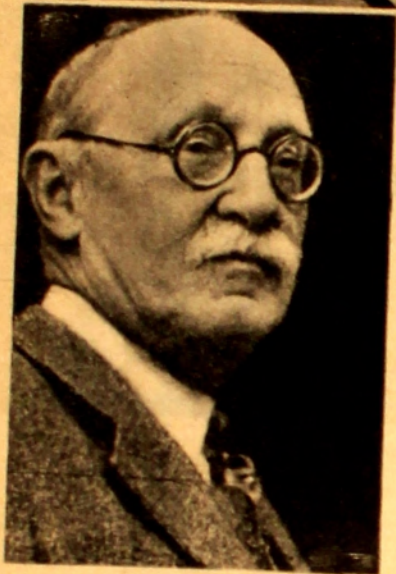
(Fotografías del autor).



Los lobos de mar del Riachuelo trabajaban aún en forma primitiva, 82 años después de las andanzas de D. Cipriano por aquel paraje de Buenos Aires. (Decoración mural de Benito Quinquela Martín).



Un paisaje de Marquet.



Retrato de Albert Marquet

EL PINTOR ALBERT MARQUET

Pero donde verdaderamente Marquet aprendió a pintar fué en una Exposición de Cézanne y en el Museo del Louvre, en el cual, paleta en mano, estudió a Claude Lorrain, a Poussin y a Chardin. Como era demasiado pobre para comprarse tubos de

pintura, molía él mismo sus colores. Sin que se alterase su originalidad, asistió a las tentativas de los pintores de su tiempo, estudió las técnicas nuevas y frecuentó la Academia Ranson. Muy pronto demostró esa seguridad, de la que Baudelaire de-

cía, hablando de Daumier, que era propia de maestros, y esos dones prestigiosos de evocación que se manifiestan hasta en sus menores croquis y estudios.

Casi siempre, Marquet pintó "al natural" y nunca se le vió componer o retocar sus cuadros en el taller. Por eso, para sus apuntes rápidos, la acuarela le acomodaba tanto como la pintura al óleo. Su ojo de miope percibía instantáneamente con soberana exactitud, los valores más sutiles y más difíciles de discernir.

Mientras, en torno suyo, algunos pintores hacían del "horror de la naturaleza" el pensamiento creador de su arte, su "regla de oro", mientras las formas monstruosas del arte negro aparecían a otros como nuevos ídolos que era provechoso adorar para complacer a una clientela de nuevos ricos ávidos de sensaciones agudas, de excitantes para sus nervios cansados; mientras unos y otros renegaban la tradición y la belleza, Marquet conservaba en su corazón el amor de la realidad, de la vida que corre.

Para expresar sus impresiones, había compuesto un lenguaje exacto y sencillo, breve, elegante y claro, accesible a todos, como el de Voltaire. Nunca nadie fué más humilde que él, ni más sincero ante la naturaleza, pero supo humanizarla, y, en las múltiples imágenes que de ella nos ha dejado, descubrimos los pensamientos y emociones que suscitó en él.

Ningún pintor fué más libre, más independiente respecto de las teorías y de los sistemas, de las exigencias y las servidumbres de la moda. Cualquiera de sus croquis, tomado en el mar, en una playa, a orillas de un río o en las calles de una ciudad populosa, demuestra la atracción que ejercían en él los espectáculos que se ofrecían a su mirada. Y muchas veces su gozo se acompañaba de una encantadora fantasía, irónica, maliciosa y cáustica.

Marquet fué un pintor nómada, amigo de la aventura, de viajar, de cambiar de horizontes; así lo vemos ya en Rouen, el Havre, Fécamp u Honfleur, ya en Hamburgo o en Nápoles, Rotterdam o Marsella, la Rochelle o Argel, Burdeos o Cette, Crimstadt, en Noruega, o Fontainebleau, Fuenterabía o Túnez. Assuan o el Pireo. a orillas del Loira o en el Corazón del Sahara. Pero era siempre fiel a París y, de vuelta de cada uno de sus viajes, iba a recogerse ante los muelles de la Cité, dominados por las torres de Nuestra Señora...

Charles KUNSTLER.

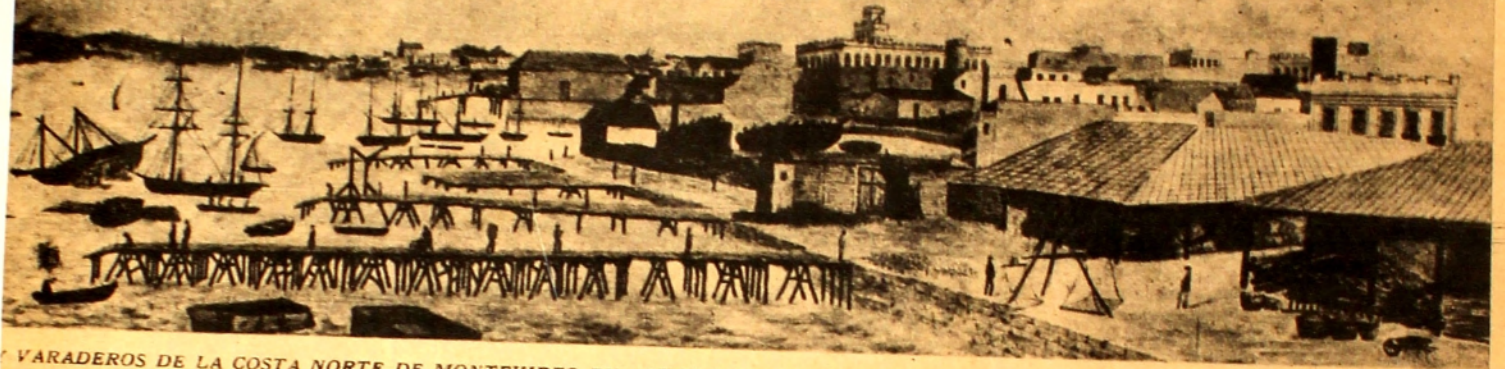
(Especial para EL DIA).



El Sena.

ALBERT Marquet murió el año pasado a la edad de 72 años, y puede decirse que sus últimas telas son de una ejecución tan firme y espontánea, tan exacta y sincera, tan fuertemente evocadora como las obras maestras de su madurez. Un año antes de morir, en la Exposición de los Paisajes de Francia, abierta bajo el nombre venerado de Corot, Marquet triunfaba en medio de sus contemporáneos con cuatro paisajes: *La Seine á la Frette*, *La Route du Beau Fraisier á Alger*, *Environs d'Alger* y *Le Pont Neuf*. Hoy triunfa nuevamente, en el Museo Nacional de Arte Moderno, que ha reunido un centenar de sus cuadros, dibujos y acuarelas. La presentación cronológica de estas obras permite seguir la evolución del pintor desde sus comienzos, ya muy afirmados, y su época "fauve", hasta su manera definitiva. Revela también que Marquet no fué solamente un gran paisajista, sino autor de naturalezas muertas, de retratos y desnudos femeninos pintados con una sinceridad escrupulosa, una franqueza a veces cruel.

De su infancia en Burdeos, entre los muelles del puerto, conservó sin duda ese amor de las aguas y de los cielos, de los que tan bien supo reproducir la transparencia y la luminosa movilidad. Era todavía un adolescente cuando, resuelto a ser pintor, fué a París e ingresó a la Escuela de Artes Decorativas, donde trabó amistad con Matisse. Era un alumno indisciplinado, testarudo, desdeñaba las recetas de taller, la enseñanza de los cursis, los concursos y las medallas, y pronto cambió de escuela, entrando en la de Bellas Artes, donde fué, durante algún tiempo, alumno de Gustave Moreau, príncipe del academismo oficial y de los "pompiers", pero excelente profesor y de los más eclécticos.



VARADEROS DE LA COSTA NORTE DE MONTEVIDEO EN AGUAS DE LA BAHIA. — La acuarela de Besnes Irigoyen, hecha en 1848, muestra los de este aspecto, permitiendo ver los cascos en seco, en refacción y los barcos de cabotaje tumbados en la playa mientras se les carena. La draga se armó en uno de estos establecimientos. Al fondo, en el centro se distingue la casa y mirador de Recayte, esquina Florida y Paysandú, recientemente demolido.

EN "El Orden", número del 15 de marzo de 1854, apareció un aviso de remate donde se leía:

"Por Julio de Mandeville... En la Barraca de Mac Eachen... El jueves 30 del corriente marzo, a las doce en punto, se procederá a la venta por orden de los Sres. de la Comisión de la Sociedad de la Dársena y por liquidación de dicha sociedad, lo siguiente: La Draga en el estado en que se halla con una máquina de vapor fuerza de 20 caballos, adaptable también a tahonas y otros establecimientos de máquina, conteniendo a más 1 caldera de hierro, 1 eje de id., 3 pescantes id., 1 ancla y cadena y varias piezas sueltas de la máquina."

Esta draga a vapor era la primera máquina de su especie que se había conocido en el Río de la Plata y había accionado en las aguas de la bahía de Montevideo el año 1836.

Probablemente esta noticia sorprenderá, no obstante su divulgación en el libro "Historia del Puerto de Montevideo", escrito por mí en su parte primera y cuya segunda parte corrió a cargo de la competisima pluma del ingeniero Eduardo García de Zúñiga. Editóse la historia por la Administración Nacional de Puertos, en 1839, en un respetable tomo al que acompaña una completa e ilustrativa carpeta de planos.

Lo voluminoso del libro, su calidad de oficial, que equivale al sello "fuera de mercado", unido al precio que se le asignó en librería, influyeron seguramente en la escasa difusión de un trabajo donde se contienen muchas desconocidas noticias de interés para la historia de nuestra civilización.

El capítulo relativo a la draga, a que se alude en el párrafo inicial de esta nota, no es de los menos dignos de señalarse. Trata el capítulo XI, que lleva por título "Primeras Experiencias de Dragado", de los antecedentes de una novedosa cuestión y encierra las más exactas noticias relacionadas con el ensayo del nuevo nunca visto ingenio mecánico. Fueron tomadas de los documentos originales que guardaba en su archivo don Martín Lasala —siempre recordado amigo—, hijo del coronel Francisco Lasala, en 1836 Capitán de Puerto de Montevideo.

Las noticias de la draga y de sus trabajos, eran ignorados hasta entonces por varios ingenieros y técnicos con quienes me cuadró hablar, aunque bien puede suceder que con otros no ocurriera lo mismo.

Si es así, ninguno dió señal de que el asunto le hubiera interesado mucho, ni tampoco a título de curiosidad, aunque más no fuera, aportó detalle alguno a lo del capítulo.

Llegadas las cosas a este terreno, declararé que, o yo estoy muy atrasado en noticias —y ojalá fuera así— o en ciertas ramas universitarias hay despreocupación por cuanto no toque directamente al oficio y sus actividades.

Sin embargo, como en otros países las

ENSAYO EN MONTEVIDEO EN 1836 DE LA PRIMERA DRAGA CONOCIDA EN EL RIO DE LA PLATA

cosas pintan de distinto modo, me tranquilizo pensando que en alguna revista o libro de Estados Unidos, por ejemplo, donde ya hay quienes estudian sobre nuestros fotógrafos, nuestra imprenta, nuestra bibliografía y hasta nuestras "especies valoradas", nos llegará cualquier día algún estudio que, sobre acreditar la calidad y capacidad del autor, nos ilustre, desde afuera —acerca de muchos pospuestos tópicos que llamaríamos de adentro—, por nuestros.

En la primer presidencia del general Rivera, cuando la construcción de un puerto artificial en Montevideo constituyó un tema de palpitante actualidad, la idea de adquirir una draga a vapor destinada a conservar y mejorar el fondo de la bahía, sustituyóse un momento a los proyectos portuarios de Pellegrini y de Bevans.

Como la pobreza del erario nacional no permitía afrontar directamente el asunto, un grupo de capitalistas interesados en el asunto convino en tomar a su cargo la compra de la draga, contando con la intervención sustantiva de Francisco Juanicó, personalidad comercial de primera fila en nuestra plaza.

Documentos que datan de la década 1830 —desconocidos hasta 1939—, permiten seguir al día la combinación financiera en que figuraban Juanicó por una parte, y por otra los señores Domingo Vázquez, Antonio Montero y Agustín de Castro "de mancomun e in solidum".

El primero se comprometía a hacer conducir de Inglaterra al Puerto de Montevideo, para limpiarlo, una draga de máquina de vapor, la cual constaría de todos los materiales de metal necesarios y precisos como ruedas, piñones, ejes, cabezales, bujes, canillas, eslingas, motores, garruchas y cadenas de hierro batido, con dos escaleras de madera de a treinta cubos cada una, aparato para subirlas y bajarlas, y para hacer seguir adelante la lancha o bote de hierro en que se colocaría la máquina.

Las dimensiones del bote serían 55 pies de largo y 15 de manga —medida inglesa— el todo completo y listo, de los mejores materiales y el trabajo más esmerado, capaces de sufrir el movimiento de la máquina de vapor, para limpiar o escavar hasta una profundidad de 24 pies ingleses, debajo de

la línea del agua, sobre fondo de arena y cascajo, a razón de 200 toneladas por hora, con tal que la máquina y sus adherentes se tuvieran siempre en buen orden, y no ocurriese interrupción causada por el movimiento de las lanchas, irregularidad del fondo, tiempos tempestuosos, cascos naufragados, palos, anclas, cañones, que se hallen en el fondo, peñascos, piedras y otros objetos imprevistos.

Agregábanse a la máquina cuatro botes o barcas para recibir y conducir la arena o fango, una cantidad de repuestos y aparatos auxiliares, como bombas de aire, etc., y 150 toneladas de carbón de piedra.

El costo de todo se fijó en 40.000 pesos fuertes "o patacones efectivos en plata", satisfechos en letras de cambio sobre Londres, mitad al firmarse el contrato y mitad cuando la máquina se hallara en estado de operar.

Mediando noviembre de 1835, llegó a Montevideo la draga y fué armada en un varadero de la playa, próximo al Cubo del Norte. Empleóse demasiado tiempo en la operación y sólo al cabo de un año —el 4 de noviembre de 1836— Juanicó pudo comunicar por escrito a Vázquez, Castro y Montero que "la máquina para limpiar el puerto" se hallaba totalmente pronta para operar.

Avisábales, asimismo, que procediesen a la mayor brevedad "por la asistencia" de los tres operarios de la fábrica, que habían venido de Inglaterra y que estaban prontos para regresar en el primer buque.

Recomendaba, también, que el carbón —6 toneladas— estuviera a bordo de la draga y se hallaran dispuestos para el día de las pruebas dos botes de ocho remos cada uno —cuando menos— a fin de remediar dos lanchones destinados a recibir el fango, con 24 hombres de mar y otras circunstancias atinentes, para finalizar con este párrafo:

"Observo a Vds. para que dispongan se evite que la concurrencia a bordo de la Barca de más gente que la precisa para dicha operación, pueda estorbarla o entorpecerla, conviniendo que sólo asistan los inteligentes que hayan de juzgarla, y los que quisieran presenciarlo lo hagan en botes exteriormente."

Por el Ministerio de Gobierno, ya entonces presidiendo la República el general Oribe, y con la firma de Francisco Llambi, nombróse el 11 de noviembre, una Comisión Especial compuesta del Capitán del Puerto Francisco Lasala, del ingeniero Carlos Zuchi y del ciudadano Cristóbal Echeverriarza, "para que inspeccionara la máquina y casco de la Draga, con los demás adherentes que la constituían", presenciaran los experimentos de su fuerza, dando cuenta circunstanciada de todas sus observaciones para resolver lo que hubiera lugar.

El mal estado de salud de Echeverriarza obligó a demorar las experiencias, a espera de que se mejorase, pero ante un posterior aviso diciéndole que le era imposible desempeñar su cometido, convino entre todos los interesados proceder a la prueba en ausencia del tercer comisionado ministerial.

A las 9 y 1/2 de la mañana del 29 de noviembre, "se transfirieron" a bordo de la Draga, Lasala y Zuchi, asistiendo los señores Vázquez, Montero y Juanicó como partes contratantes y permitiéndose que asistieran a las experiencias los señores doctor Juan Andrés Gelly, Cándido Juanicó y Manuel Otero.

"Al llegar los peritos a bordo de la Draga, tanto el ingeniero mecánico de ella como el encargado del Vapor estaban en ejercicio de sus funciones.

"El primer cuidado de los comisionados fué el inspeccionar la máquina en todos sus detalles, dirigiendo a los ingenieros aquellas preguntas que eran adecuadas del caso, sirviéndose para el efecto del Intérprete de la Capitanía del Puerto, que se había llevado a bordo, recibiendo por su órgano todas las explicaciones necesarias.

A las 10 y media se empezó a poner en movimiento la Draga, que estaba pescando en más o menos 3 pies de agua; después pudo efectuar su flote en 4 y medio pies, y a las 12 de la mañana los ingenieros de máquinas anunciaron que estaba en actitud de funcionar.

Efectivamente así lo hizo, repitiéndose los ensayos hasta las 3 y tres cuartos de la tarde.

"No hubo ningún incidente, que cuasi son inevitables en los ensayos de una máquina tan complicada..."

La Draga podía trabajar a más profundidad de lo fijado en el contrato y estaba en condiciones de extraer 49 toneladas más de barro que las estipuladas.

Era cuestión de dar principio al plan de trabajos proyectados, tarea que para la generalidad —inclusive los diarios— iban a ser rápidos e inmediatamente eficaces y decisivos, aunque infelizmente no fué así.

Pero ahora ya no estamos en los límites del tema que deseaba recordar y darle divulgación popular a una iniciativa de progreso rioplatense que pertenece íntegramente a nuestra república.

J. M. FERNANDEZ SALDANA.

QUIEN llega a Castellammare de Stabia por vía marítima recibe la impresión de un grupo de casas que forman la pequeña población, obligada a escaparse del estrecho y rumoroso cerco de las calles de la gran Nápoles, para venir aquí a contemplarse en el espejo de las aguas del Tirreno, orgullosa de su gesto y vanidosa de descubrirse tan encantadora. Ni solemne ni impresionante por su aspecto, tiene sin embargo, por su aislamiento en este lugar del golfo, abierto y claro, una fisonomía propia que la diferencia de las otras pequeñas ciudades, demasiado unidas entre sí, e inmediatas a la gran Nápoles.

Cierto es que Torre Anunziata, y Torre del Greco son más pintorescas; pero Castellammare puede decir lo que esas otras poblaciones no pueden: me parezco a Nápoles sin ser Nápoles ni su prolongación; aquí, y en mí, empieza otra naturaleza que no diré diferente, pero sí diversa, que está manifestándose con aspectos sino precisamente contrarios, menos obedientes al dibujo que los dioses y los hombres impusieron a esta parte del golfo sobre la que larga y ambiciosamente se extiende la ciudad de Nápoles. Vedlo sino en esa playa que por algunos kilómetros corre desde Castellammare a Vico, como es distinta a la anterior: hasta aquí se aparece calma y suave, cómoda y dócil; y aquí empieza a empujarse en rompientes y agitarse.

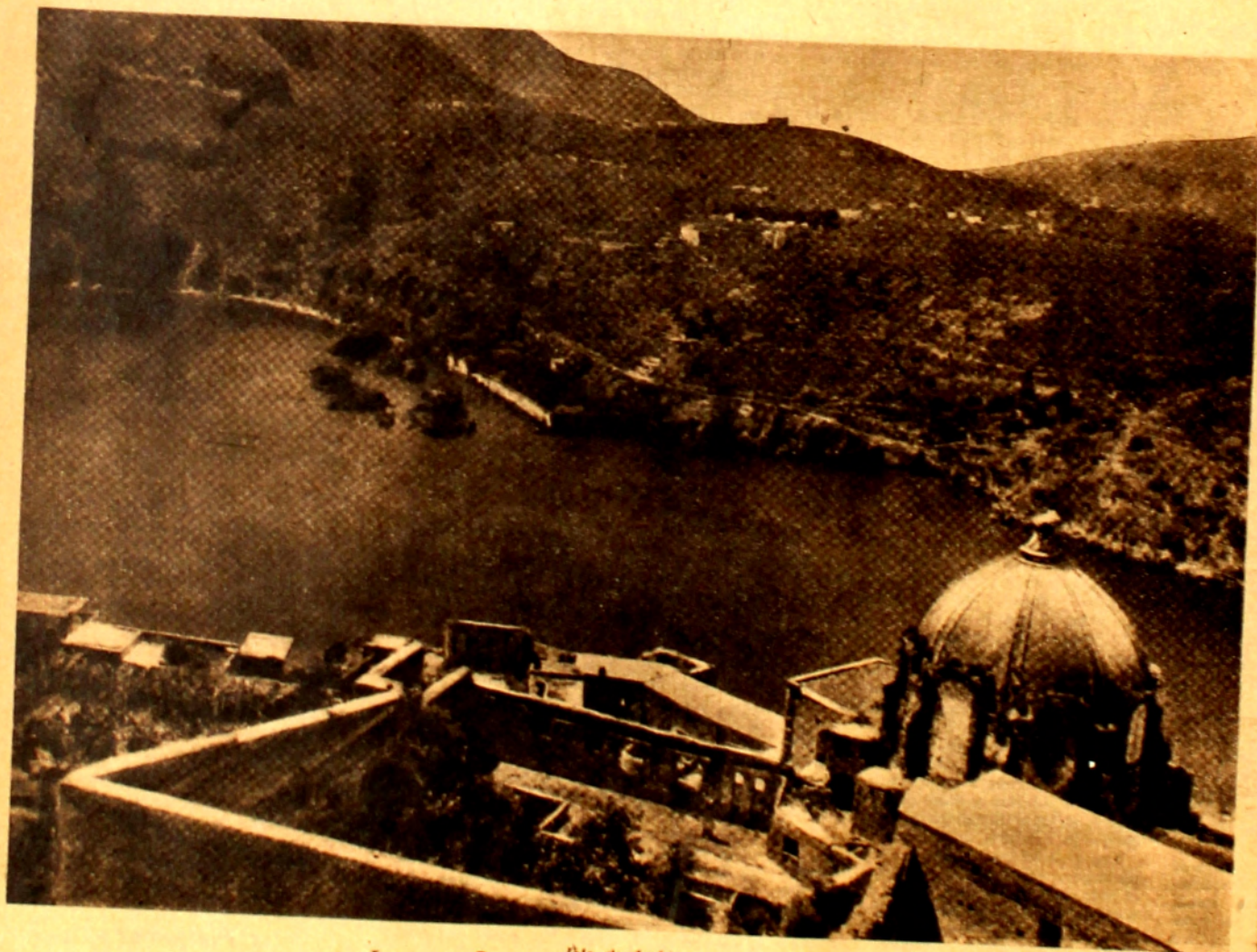
A determinadas horas, sobre todo las de la mañana, cuando los primeros esfuerzos de la luz solar tienden a desparramarse armónicamente, los edificios de que Castellammare es rica se encienden esplendorosos de luz, y no parecen ser cosa construida por la mano del hombre, sino parte misma de la propia naturaleza. Brillan encendidos, deslumbrantes. Y cuando ya en su altura la contemplamos en conjunto, no nos parece ni mucho menos tan pequeña, toda así esplendente y fresca, sino sencillamente inmensa. Volvemos a mirar (allá desde la llanura donde ayer estuvo Pompeya y donde hoy blanquean un poco frías, pero claras y ordenadas, las desenterradas ruinas de la ciudad que fué la cuna del amor y de la poesía) este paisaje entre un mundo cálido y animado, que sabe tanto de silencio, aun cuando no ya de muerte, un mundo como en sordina, un mundo donde la vida nueva hace esfuerzos por reanimarse, pero no lo consigue sino por momentos. No hemos salido de un paraíso perdido, ciertamente, pero sí de un paisaje que el hombre supo componer y ordenar conforme a su voluntad y a sus necesidades: un paisaje donde, dicho de otro modo, el hombre ha sido el más fuerte, en la lucha con el tiempo, y con la propia naturaleza.

En Pompeya la luz no tiene el privilegio de prolongarse copiosa e infinita: un término le ha sido impuesto, cerrado y firme: la colina, la montaña. Se puede, es cierto, vivir aquí, y se puede hasta desearlo: pero no os sería posible un trabajo continuado y febril: una industria en Pompeya padecería, y aún la más activa voluntad aquí se consumiría sin producir. Le acomodan en cambio, para esta ciudad y este clima, los trabajos artesanos, la fatiga solitaria y temperada; y es natural que aquí se haya levantado un templo de la fe, clamoroso y celebrísimo: los hombres, aun aquellos que en las pequeñas tiendas y en las modestas oficinas trabajan y cantan, lo hacen como si cumplieran un deber: sin ninguna o con poca esperanza; no vida intensa, sino vida recoleta; se trabaja y se canta, pero más por un mañana lejano, que por una hora feliz, próxima, vecina, inmediata.

Ahora contemplamos las luces de otro paisaje; contemplamos los olivos feraces que van hasta Sorrento, extendiéndose marcos, pero no monótonamente, bajo un clima en sumo grado regocijante y festivo. Algo que sabe a frescura antigua trasciende esplendente de la vegetación: apenas donde la tierra clarea, se tiene la sensación de algún cansancio, casi de una pausa en tanta fervorosa explosión de verde. Un sentido de paz, verdaderamente idílico, pastoral: ¿no es ésta la querida tierra de Arcadia en la que el poeta Sannazaro hizo mover, vivir y amar a sus regocijados personajes las melindrosas pastorales? Olivos, viñedos, álces, higueros, se extienden, se persiguen, se enfilan; parece que se estuviera caminando por una región oriental, casi tropical a veces.

Pero no se llega a Sorrento sin pagar tributo; Sorrento es como la otra cara del golfo; mientras aquella es luciente, resulta oscura la entrada que debemos franquear para contemplarla; hay un momento que nos parece este camino, pintoresco, es cierto, pero de un pintoresco adusto y severo, de estar caminando no hacia la perla del Mediterráneo, sino quién sabe a qué sombría tierra y hacia qué inquietante ciudad. Pero silencio: he ahí arriba los colores, los sonidos; las higueros y el álce se han echado a un lado, o quizá sea que nosotros no los contemplamos más; flores multicolores brillan por todas partes, jardines espléndidos sonríen su colorida lozanía, una brisa cálida del mar, serena e inquieta al mismo tiempo, nos acaricia el rostro. ¡Sorrento! ¡Sorrento!

Y en seguida pensamos en él, en Tasso: aun antes de contemplar el juego vivo de las rocas, el fresco, alegre brillo de las embarcaciones, la mancha profunda pero bri-



GOLFO DE NAPOLES



de la ciudad de Nápoles, vista desde San Martino

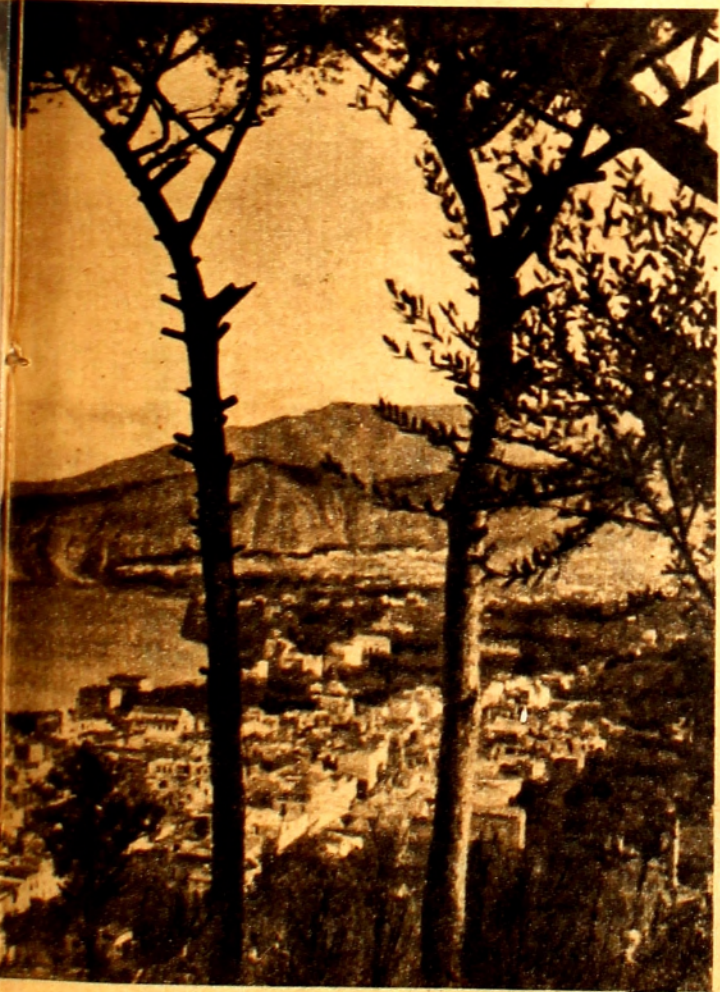
ilante de los pinos y de los olivos. En él, en Tasso, que aquí vivió y aquí cantó su vida desierta, su desesperado himno a la vida. En este jardín, (si; Sorrento es toda como un vasto jardín) el Tasso amó más intensamente que otro alguno aquello que la vida da a todos, y a él no le concedió: sonrisas de mujer, la caricia de una mano blanca, la delicia de unos labios queridos.

Aspecto pacífico y sonriente tiene el lugar; y sin embargo enormes rocas lo circundan; de una roca se vuelve su cara al mar; de la roca está prendida; en las rocas se concluye. Pero aquella catarata de rosa, aquellos naranjales, aquellos viñedos retorcidos, todo lo hermosean; en combinación con la luz, que no es aquí la misma del golfo de Nápoles, o parece que no fuera la misma, sino una irradiación que la ilumina, que la cerca, que parece alimentado de surgente ininterrumpido, lejano, profundo: como si la fuerza del sol se hubiera redoblado. "Ciudad de flores, y flor de las ciudades" llamó a Sorrento un pintor francés del que no recuerdo el nombre; y la definición no pudo ser más exacta; Capri es bella, Positano es alegre, Posillipo encantador, pero Sorrento es una flor viva nacida al borde del mar, que nunca se marchita, perpetuándose siempre fresca y suave como el día primero en que surgió del seno de la naturaleza.

Fuera de Sorrento la fuerza prevalece todavía sobre la gracia; sobre el camino que lleva a Amalfi y más allá, la flor cede el sitio a más dura, a más profunda expresión de la tierra: a la flor sucede el césped desnudo, aunque su verde sea siempre vivo. Están los mirtos, los tamariscos, pero son espinosos y no encantan la vista; nacen, por lo demás, entre las quebradas, en las asperezas, y cumplen por cierto una misión: refrescan y dan dulzura a las rocas de otro modo sombrías y a veces crueles; pero se tiene siempre la sensación de un mundo no disciplinado, todavía en desorden. Hermoso, por supuesto. Aunque áspero y rudo, este paisaje posee un sentido profundo y vital; pero se desea por momentos que ceda a cualquier otro aspecto y se redima en colores menos uniformes y monótonos. Por fortuna está allá abajo el mar; el mar de Nápoles que sabe ser de plata y de oro; y aún entre los arbustos espinosos, la mano del hombre ha sabido trabajar para hacer brillar alguna gema entre las espinas, se trate de un rosál silvestre, se trate de un naranjo cargado de fruta o esplendente de azahares.

Mario PUCCINI.

Senigallia, enero de 1949. — Especial para "EL DIA". — Traducción de E. A.).



Sorrento



Positano

CANAS



NO DESTRUYA SU CABELLERA CON EL USO DE TINTURAS

Use LA CARMELA, que es un producto de confianza consagrado en el mundo entero. LA CARMELA devuelve al cabello su color natural en pocos días sea rubio, castaño o negro. Es de uso cómodo y agradable y no mancha la piel ni la ropa. Destruye la caspa y evita la caída del cabello.

PUEDEN LAVARSE LA CABEZA Y HACERSE LA PERMANENTE EN FARMACIAS Y PERFUMERIAS

AGUA DE COLONIA
LA CARMELA

Distribuidor J. NAVARRO
FLORIDA 1544
TEL. 8-96-68

NUEVA... CREMA ANTISUDORAL



CORTA LA TRANSPIRACION AXILAR SIN DAÑAR

1. No quema la ropa.
2. No hay necesidad de esperar que se seque. Puede ser usada inmediatamente después de afeitarse.
3. Combate la transpiración. Desodoriza el sudor, mantiene las axilas secas.
4. Es una crema pura, blanca, sin grasa, que no mancha y desaparece íntegra en la piel.
5. La Crema Antisudoral Arrid tiene la aprobación de la Unión Propietarios de Tintorerías, por inofensiva para las telas.

ARRID

\$ 0,75, \$ 1,50 y \$ 2,50



BERNARDO PALISSY O LA DECISION INQUEBRANTABLE

CUANDO, allá en los albores del siglo XVI, el impetu creador del Renacimiento irradió desde Italia prendiendo la llama del humanismo en otros países de Europa, Francia fué de todos ellos el primero en abrir generosamente su espíritu a las nobles influencias venidas del otro lado de los Alpes. De una parte la comunidad latina de la raza y de otra la muy inmediata vecindad, produjeron este acercamiento y este oportuno aprovechamiento de tan felices circunstancias. Al contacto inmediato con el genio de Italia, el pueblo galo sintió despertar el suyo propio. En ciencias, en artes, en literatura, Francia comienza a dar al mundo una verdadera promoción de requintados valores. En primera fila van apareciendo sucesivamente el conceptuoso Clemente Marot, el inspirado Ronsard, el erudito Rabelais. Sus músicos, como Goudemil y sus arquitectos, como Colbert y Bouchardon hacen escuela y, a su vez, imponen en el mundo del arte más claras y precisas normas. De entre esta pléyade de cumplidos exponentes de la cultura de un pueblo y de una época, se destaca con rasgos de admirable peculiaridad el sagaz investigador y ceramista, Bernardo de Palissy. Por la calidad de su curiosidad intelectual viene a ser algo así como el Leonardo francés, más positivo aunque menos elevado y enigmático que el genial florentino. He aquí un hombre en quien hay que saludar una voluntad indomable, un carácter inflexible y un impetu de acción desconcertante. Esta trinidad de admirables virtudes iluminaron en todo momento la trayectoria de su larga, azarosa y fecunda existencia. Veámosla:

En la pequeña villa de Saintes, en la Charante inferior, en su modesto taller hogareño, un hombre de edad madura enseña al único de sus hijos el laborioso arte de la vidriería. En la vigilia del trabajo y a la roja luz de los hornos aquellas figuras diligentes parecen dos extraños alquimistas. Y mientras el viejo vidriero se ocupa en colocar las coloreadas superficies de sus grandes bastidores emplomados formando un traslúcido mosaico, el muchacho se ha quedado mirando fijamente, como un ensimismado, el interior del horno; esa oquedad roja donde las altísimas temperaturas del calor reconcentrado funden los meta-

les, fijan los colores, hacen dúctil y maleable el vidrio. ¿Qué extrañas sugerencias le produce al muchacho esa especie de cráter? ¿En qué piensa el aprendiz ante aquel pequeño mundo de maravilloso poder igneo? Andando el tiempo la claridad de visión de este iniciado y el irreductible poder de su constancia nos darán la oportuna respuesta.

Una modesta villa de apenas doce millares de almas y un restringido ambiente lugareño se hacen cada día más estrechos para un espíritu dotado del anhelo de dilatados horizontes y ávido de mayores conocimientos; por eso un buen día, Bernardo, que aún no ha cumplido los veinte años, se lanza por los ilusorios caminos de la ventura. Recorre muchas tierras, visita importantes lugares, trabaja bajo otros cielos; su espíritu se nutre en las más nuevas y variadas enseñanzas. Sin embargo, no era en otros lugares distintos del propio, ni bajo otros cielos más propicios que el patrio, donde el destino le tenía preparada la trascendental y reveladora sorpresa, esa favorable circunstancia que había de inducirlo a orientar su prodigiosa actividad y a descubrir su propio genio.

De regreso a su ciudad natal de Saintes, encuentra que un antiguo mercader de La Rochela ha llevado al taller de su padre una copa de la más fina porcelana oriental; una de sus asas se ha roto y se trata de restaurarla cuidadosamente. "Hermosa como ninguna otra es esta pieza — se dice para sí el asombrado Bernardo — maravillas de la cerámica he visto en mis recientes viajes: mayólicas de Baleares, losas moriscas del Levante Español, deliciosas vajillas de italiana procedencia; pero nada que iguale a lo que ahora tengo ante mis ojos". Y tomando la copa entre sus manos se extasia en la contemplación de aquella perfección externa de la forma, de aquella homogénea delgadez de las paredes, de aquella tersa e impecable superficie. Pero lo que particularmente llama su atención es la esmaltada pintura que literalmente la decora: son los decorados dragoncillos superpuestos; el caprichoso meandro de los bordes; los fantásticos motivos vegetales trazados en un jugoso color verde tierno, destacándose sobre la blancura

inmaculada del fondo. Es una antigua porcelana de la dinastía de los Ming, salida de uno de los más sabios obradores chinos y llevada a los puertos de occidente europeo por quien sabe qué remotos e ignorados caminos.

Ante prodigio semejante, la sensibilidad de Bernardo se conmueve, su entusiasmo se exalta, su imaginación se dilata prodigiosamente. ¿Por qué no ha de ser posible producir en Europa obras de semejante calidad? ¿El lo intentará; él redescubrirá las fórmulas, averiguará los secretos; él construirá hornos y fundará talleres; él le dará a Francia la gloria de competir en igualdad de circunstancias con los más delicados productos del ingenio artístico de Oriente.

Nuevamente, en el humilde taller del vinejo vidriero de Saintes, un hombre, con la mirada perdida en la oquedad rojiza de su hornillo, sueña con la conquista de un mundo de prodigiosa belleza, hecho realidad por obra y gracia del poder reconcentrado de una fuerza elemental: el fuego.

Cuanto diligentes investigadores han elucidado sobre la historia de la Ciencia o del Arte de Francia, encuentran que allá por los años de 1540 a 1550, Bernardo de Palissy se ha establecido definitivamente en su villa natal de Saintes; ha heredado de su padre el antiguo taller de vidriería, junto al cual instala un pequeño laboratorio para sus investigaciones en el campo de la química: se ha desposado con una hermosa muchacha del lugar y ya es padre de numerosa prole. Los meses, los años enteros transcurren para él entre la práctica paciente del taller y las prolijas investigaciones del laboratorio. La química, la física, la historia natural, le traen tan preocupado como los más complejos problemas de su profesión capital: la cerámica. Las frecuentes lecturas, las cavilaciones, el incesante laborar, le han convertido en un ser apartadizo y reconcentrado. Es, por otra parte, un hombre de avanzadas creencias religiosas; cristiano integerrimo, las luchas religiosas de su época le preocupan grandemente; con toda la buena fe de un convencido niega la autoridad moral y el poder material de los pontifices romanos: tanto le horroriza la soberanía de Julio II o de Pablo III como el amor al proceder del Papa Borgia. En aquel momento histórico en que Francia se ha convertido en el campo de agramante para católicos y protestantes, y en que los partidarios del duque de Guisa y los de Coligny luchan sin tregua ni cuartel por sus ideas, él es un convencido partidario de Calvino, que acepta sin chistar el calificativo denigrante de "hugonote".

SOCIALES



Con motivo de festejar sus quince años la niña Lila Elena Galli Alimundi, sus padres señor Alfredo N. Galli y señora Lila Alimundi ofrecieron una fiesta en su residencia. Aparecen en la fotografía las señoritas: Raquel González Capurro Real de Artia, Myrian Bavio Almada, Raquel Martínez Castagnino, Beatriz Paullier Puig, Elisenda Arrillaga Satons, Adela Murguía, y Esmeralda Cadenas Pesquera.



Empero, ninguna de sus actividades le trae tan preocupado como la adquisición de los vitreos esmaltes coloreados y de las esmaltadas cubiertas opacas con que proyecta cubrir sus vajillas. Sus investigaciones en el arte cerámico han avanzado en los dos últimos años alentadoramente. Cuando se detiene a examinar las innumerables pruebas realizadas hasta entonces, ve que se halla muy próximo de la tan esquivada y deseada meta. Ha logrado ensanchar el laboratorio, mejorar notablemente la calidad de las pastas y descubrir a base de arena, de minio y borato de cal, el secreto de ciertos fundentes; los óxidos metálicos comienzan a enseñarle sus maravillosas propiedades y los multiplicados encargos de losa común, satisfechos el año anterior, le han permitido el lujo estimulante de equipar su casa con pocos pero elegantes muebles de la más esmerada confección.

En el silencioso apartamiento de su taller, Bernardo de Palissy, se prepara para la prueba final, la que lo ha de conducir al éxito definitivo. Todo ha sido sabio, paciente y meticulosamente preparado de antemano. Las piezas, modeladas con extrema delicadeza de detalles, han ido al horno definitivamente, después de haber sido cubiertas con varias capas de barniz colorante; ahora ya están todas colocadas a distancias prudentes; los hornos, cargados; la provisión de leña, abundante. La fusión completa habrá de efectuarse cuando la temperatura exceda de los mil cien grados. Y como Bernardo juzga que todo se halla técnicamente bien dispuesto, pone fuego a las hornillas; la marcha definitiva ha comenzado. Esta vez los ojos de un hombre poseído por una idea fija, por una obsesión maravillosa, se vuelven a fijar con esperanzada inquietud en la boca enrojida de sus hornos.

En la paz de una noche cualquiera del año 1548 el pequeño burgo de Saintes duerme su imperturbable sueño provincial. Sólo un hombre vela junto al horno en que se cuecen los esmerados productos de su industria. Van ya transcurridos doce horas y los síntomas son de una lenta y defectuosa cocción; es preciso avivar el fuego, aumentar la carga, hacer que ascienda notablemente la temperatura. Y aquí se presenta de pronto lo imprevisto: la leña escasea por momentos. La clara, la vibrante tonalidad de amarillo naranja que indicaba por un orificio de las muelas la calidad ascendente o sostenida de las calorías, va tornándose rojiza y oscura; no hay lugar a duda: la temperatura comienza a decrecer... A Bernardo Palissy, al hombre que de manera tan calculada y laboriosa ha venido preparando año tras año esta prueba; a quien ha logrado aunar ciencia y arte, haciéndoles marchar armónica y paralelamente hacia el logro de una finalidad determinada; a quien ha fincado sus más bellas esperanzas, por tan largo tiempo acariciadas, en este trascendental y esperado momento, la suerte va a infligirle una cruel y aplastante derrota. Así lo comprende el artífice y rápidamente se da cuenta de que ha llegado el instante de enfrentarse a su destino. Todo es cuestión de tiempo; es ahora cuando cualquier minuto perdido resulta de una irreparable trascendencia. El problema reside en mantener el fuego y la solución que da la leña, es decir, la provisión de combustible. Mas acontece que éste se ha ago-

tado por completo. En la vigilia de la media noche, a donde ir a buscarlo?

Para Bernardo Palissy el instante de las decisiones heroicas se presenta. Y es entonces cuando penetra a la sala, al comedor, al propio taller y tomando primero las sillas y luego las mesas, los armarios, las crenencias, los convierte en astillas y los arroja por las ávidas bocas de las muelas. Son sus bellos muebles tallados, los que él mismo ideó e hizo construir con tanto esmero; ellos eran el fruto de sus economías, el motivo de su orgullo, el lujo de su hogar. Y ahora alimentan la llama que, como un símbolo se aviva, crece, chisporrotea, alborozadamente. Por unos cuantos minutos la lumbre se reanima vigorosa; pero, pasados éstos, el fuego vuelve a presentar síntomas de debilitamiento; a falta de otro combustible, es necesario continuar sacrificando muebles. De nuevo corre Bernardo a sus habitaciones —esta vez al dormitorio— y sin pararse a considerar la trascendencia de su resolución, despierta a su esposa, la obliga a incorporarse y procediendo a desarmar su propia cama, rompe los entallados tableros, las torneadas patas, los delicados ensamblajes; en un instante toda ha ido a parar al igneo vientre de los hornos. La desconcertada esposa no acierta a comprender qué le acontece a este hombre; sin duda se ha vuelto loco; de nuevo vuelven a avivarse prometedoras las llamas, en cuyas lenguas el éxito reside. Sin embargo, uno de los hornos, debido a su tiraje defectuoso, está trabajando perezosamente; y es éste —por desgraciada circunstancia— el que contiene tres de sus mejores piezas, de aquellas en que el artista finca sus más caras esperanzas. Pero aún quedan las camas de sus tres hijos y la linda cunita en que duerme Antonio, el menor de todos y que aún no llega a los dos meses. Uno tras otro, hechos pedazos, van entrando por la boca del horno indolente aquellos restos del ajuar hogareño. Nada le queda ya a Bernardo por sacrificar; pero ahora sus hornos arden pareja y favorablemente; el rojizo resplandor de las llamas ilumina entonces una extraña escena familiar: una desconsolada mujer que injuria vengativa a su marido llamándole loco; los niños que asisten perplejos a algo que sus mentes aún no pueden comprender, y un hombre que, llevando en sus brazos al más pequeño de sus hijos, mira con fijos y esperanzados ojos el llamear crepitante de los hornos.

Paris, barrio de las Tullerías, inmediaciones de los jardines reales, año 1587. Bajo el techo de un escueto e improvisado taller, un anciano cubierto de blancas melenas trabaja silencioso. Con una mano aún segura se ocupa en modelar primorosas piezas de cerámica; son algunas bandejas ovaladas que prensa en moldes de madera y luego va cubriendo literalmente con figuras en relieve de peces, conchas, reptiles y hojarascas. A su espalda y enfilados en larga estantería se ven diversos productos de su industria, del todo concluidos: platos, fuentes y jarrones caprichosamente decorados con relieves fantasías y pintados con hermosos esmaltes transparentes: allí los verdes crudos junto a los púrpuras brillantes; allí el azul índigo y el ultramar suavemente fundidos yuxtaponiéndose a los tonos grises, pardos y castaños. Afuera, en la calle, la vocinglería agresiva de la chusma que en su exaltación religiosa pide la muer-

te de los hugonotes, no ha logrado sacar de su reconcentrada labor a este paciente artífice que tan hermosas obras está realizando. Pero el hombre que así se halla abstraído en su trabajo es, precisamente, uno de aquellos a quienes el pueblo de Paris, en un momento de arrebato fanatismo, busca para desahogar sus odios religiosos. Ya han dado con el lugar en que reside; ya han violentado la puerta de su casa; ya han irrumpido por entre las mesas de trabajo, por entre los hornillos, las prensas y los tornos; aquello es una avalancha humana que a su paso lo destroza todo ciegamente. No basta para contenerla ni la presencia venerable del anciano, a quien tomándolo por los cabellos se llevan de rastra, ni el llanto desesperado de la esposa, ni la protesta valiente de los hijos. Y allá van ahora con él, camino de la Bastilla, donde le esperan las pesadas cadenas, los aparatos de tortura, la inmundicia oscuridad de la mazmorra.

Sí; la mazmorra. El húmedo y hediondo calabozo, última morada de un hombre que no ha cometido otro crimen que permanecer fiel a sus íntimas convicciones religiosas y servir a sus semejantes con las luces de su dilatada inteligencia. Y ahora este hombre terminará oscuramente sus días tendido sobre un montón de paja y con los pies sujetos por la tenaza infamante del grillete. Como única gracia el prisionero ha pedido ser trasladado a un calabozo en que pueda ver la luz del día; se le ha concedido en consideración a su edad e inofensiva condición. A la débil luz invernal que penetra por la claraboya, el anciano escribe precipitadamente; parece como si a su lado un genio invisible le dictara. Los días, las semanas, van transcurriendo miserablemente. ¿Miserablemente? No; gloriosamente. Aquel venerable prisionero ha concluido su dictado y sobre la cubierta del rebuscado manuscrito traza con grandes caracteres el título; son sus memorias, el espejo de su propia vida; es el testamento de un hombre poseído por el amor a la verdad y a la belleza, cuya existencia estuvo toda ella dedicada a las más arduas investigaciones científicas y al culti-

vo de las más delicadas expresiones del arte. Y ahora este anciano, creador de un nuevo tipo de cerámica, padre del método inductivo científico y de cuya gran sabiduría en los campos de la historia natural se hacen lenguas todos los hombres de ciencia de su tiempo, ve cómo concluyen sus días, consumado por la tortura lacinante del hambre.

Pero no es posible, sin baldón para un pueblo y sin escarnio para un régimen, dejar morir de semejante manera a un tan gran hombre. Así lo ha comprendido, aunque algo tarde, el rey. Por eso es ahora el propio Enrique III, en persona, este monarca petulante, fanático y soberbio, quien viene a visitar al prisionero y a ofrecerle su magnanimidad a cambio de la retracción. Y le ofrece, además, su favor, prometiéndole títulos académicos, distinciones reales, generosa remuneración a su trabajo; todo, a cambio de que reniegue de sus ideas reformadoras y se decida a abrazar la verdadera religión. Pero la conciencia de un hombre de carácter no se doblega nunca, ni menos aún si éste se halla al borde de la muerte. Es entonces cuando el anciano, cargado de gloria y de cadenas, incorporándose difícilmente se yergue frente a su rey y encarándose con él le responde con una rotunda negativa y, además, le hace presente cómo la justicia de Dios juzga a los hombres por la rectitud de la conciencia y la bondad del corazón. Ante gesto tan insolito, el soberano cruza de un bofetón la faz venerable del anciano, tirándole por tierra sobre el misero montón de paja, de donde, por cierto, ya no volverá a levantarse. Pero la voz de un gran pueblo, la eternamente libre y rebelde expresión de los hombres de Francia, había hablado por boca de un moribundo, de uno de sus más ilustres y autorizados hijos. Y fué así, con un gesto de noble rebeldía, como terminó oscuramente, ¿oscuramente? No; gloriosamente! la larga, difícil y fecunda existencia de aquel ingenio de Francia que se llamó Bernardo de Palissy.

Luis Alberto ACUÑA.

(De "El Tiempo" de Bogotá).



ROGELIO C. DUFOUR, destacado compañero de ideales que figurara entre los más dinámicos dirigentes democráticos en la lucha cívica que siguió a marzo de 1933. Poseía una firme voluntad, y siendo profundamente estudioso, se destacó con justicia en todos los planos de su actividad, siendo altamente estimado por todos cuantos le conocían y sabían de su rectitud, rindiéndosele homenaje en el octavo aniversario de su fallecimiento, cumplido el día 22 del mes pasado.



El representante de la Liga de Cerro Largo, dirigido por el Sr. A. García Valente, conquistó el título de campeón en forma merecida. En el centro, puede verse a la señorita Teresita Martins Marins, proclamada "Miss Campeonato".

CERRO LARGO CAMPEON DEL ESTE

TODOS los años, la Confederación de Fútbol del Este organiza la disputa del campeonato que reúne a sus distintas afiliadas, cuyos teams combinados significan la expresión de la tarea desarrollada en el curso de sus respectivos torneos de temporada.

El de 1948 acaba de conquistarlo la representación de Cerro Largo, trasuntando así los largos y meritorios esfuerzos de la entidad departamental que preside con dinamismo y competencia el Sr. Pedro Martins Marins.

Fue un conjunto armónico, ágil, donde influyó la experiencia de Dalmiro Farias, Varrilla, Raúl Iturria, Luis Silva, sobre una serie de figuras nuevas que prueban la forma en que el deporte arachán va en camino de los mejores éxitos.

La etapa final significó una fiesta agradable, especialmente por el fervor del público, que en gran número asistió al estadio Amílcar Prieto, próximo a la estación de ferrocarril. Las distintas delegaciones y demás autoridades brindaron amable recepción al Sr. César Batlle Pacheco, quien concurre en su calidad de presidente de la

Asociación U. de Football, la cual de esta manera intensifica sus relaciones con las entidades del interior, dignas de estímulo por los esfuerzos con que organizan sus torneos internos y estos de carácter interdepartamental que en la oportunidad reunieron a los representantes de Maldonado, Lavalleja, Rocha, Treinta y Tres, Cerro Largo y Batlle y Ordoñez.

La organización del certamen, el desenvolvimiento a través de las etapas, más las alternativas de buen fútbol que fueron apreciadas, constituyeron aspectos satisfactorios que ganaron el beneplácito de locatarios y visitantes, como a la vez existe unánime reconocimiento para el éxito final de Cerro Largo, dirigido su equipo por el Sr. Angel García Valente.

Este género de acontecimientos inspira amplia aprobación, porque permite un intercambio feliz de los pueblos que forman las confederaciones del fútbol, acrecentándose los vínculos fraternales, a la vez que también prospera el tecnicismo, en virtud de las enseñanzas que dejan las distintas actuaciones. — U. B.



Un detalle del Palco Oficial, donde las autoridades de Cerro Largo reciben al presidente de la Asociación Uruguaya, Sr. Cesar Batlle Pacheco.



Demostrando entusiasmo y posibilidades de futuro, alisto un buen plantel la representación de José Batlle y Ordoñez.

SOL

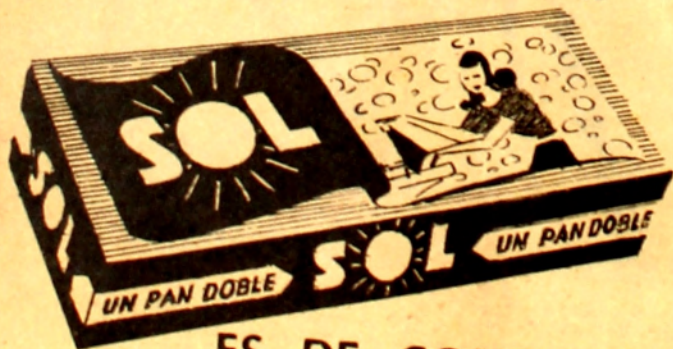
PARA LAVAR ROPA FINA



**MENOS TRABAJO
MAS COMODIDAD
ROPA MAS LIMPIA**

Jabón SOL es bondadoso con su ropa. Su espuma rápida hace agradable el lavado. Su atractiva fragancia persiste suavemente en la ropa. Es tan bueno que sirve también para sus manos.

Jabón SOL es libre de impurezas
LIMPIA MEJOR - RINDE MAS



ES DE CONFIANZA
Pídalo a su almacenero



La Liga de Treinta y Tres presenta un buen equipo, aunque mayor lucimiento tuvo alantado si el concurso de Héctor Scarone como director técnico lo hubiera obtenido con una anticipación mayor.



Representación de Rocha, que debe desempatar el 4º lugar con la de Maldonado.



Team de Maldonado, que empató con Rocha el 4º puesto.



Conjunto de Lavalleja, que ocupó el segundo puesto.

MEJOR QUE DE MEDIDA

Warner's

LA FAJA CON
EL FAMOSO CINTURON

Sta-Up-Top

PATENTADO EN TODOS LOS PAISES

ACENTUA LA BELLEZA
DE SU TALLE DE
ACUERDO A LA
MODA ACTUAL

CINE SIN OPRIMIR

NO SE ARRUGA - NO SE SUBE

EN VENTA EN:
MERCERIA ANGENSCHIEDT, CASTILLO Y CIA
CAUBARRERE - LA LIGURIA - LONDON-PARIS

Nº 245

OBRAS MAESTRAS

LA PAZ EXTRA

RETRATO DE YVONNE DE BRAY

VICENTE PUIG



Coro de niñas en el Instituto Verdi, y una vista del público asistente al concierto realizado, perteneciente al Ciclo de Enseñanza Musical Infantil

INFORMACION LOCAL



El Presidente de la República don Luis Batlle Berres estrecha la mano felicitando a una estudiante distinguida de la Universidad del Trabajo.



El Coro de la Universidad del Trabajo, con sus respectivas abanderadas, en la ceremonia de fin de curso.



Visitantes al acto de fin de curso en la Universidad del Trabajo, recorriendo la exposición de artículos elaborados por los estudiantes.



Ceremonia en el Ministerio del Interior con motivo de la celebración del "Día de la Policía". Autoridades nacionales y policiales en compañía de los favorecidos con premios otorgados por particular mérito.

AGENCIA LONDRES

GUERLAIN

PARFUMEUR - PARIS

COLONIAS · LOCIONES

*Mitsouko, L'Heure Bleue
Shalimar, Chypre, Ficky*

COLONIAS

Extra Dry, Cachet Jaune

EN VENTA EN TODAS LAS BUENAS CASAS

TARZAN

Por Edgar Rice Burroughs



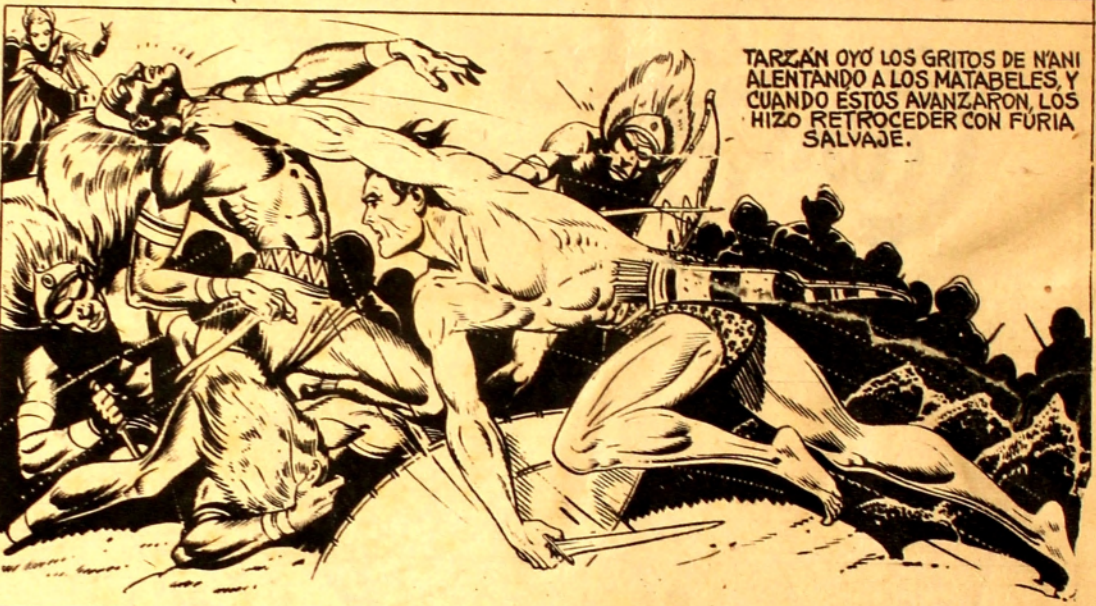
EN UN INSTANTE, EL LORD INGLÉS SE TRANSFORMÓ EN UNA FIERA SALVAJE Y VENGADORA DE LA SELVA, PELEANDO PARA PROTEGER A SU COMPAÑERA SIN PENSAR EN LAS FUERZAS QUE SE DESENCADENABAN CONTRA EL.



ORDENÁNDOLE A JANE DE CORRER EN BUSCA DEL TUNEL, EMPUNÓ TARZAN EL CUCHILLO Y SALTO EN LINEA RECTA HACIA EL MATABELE QUE AVANZABA.



EN VANO TRATÓ JANE DE LEVANTAR EL ANIMO DE LOS DESMORALIZADOS ESCLAVOS PARA QUE HICIERAN FRENTE A SUS AMOS Y LUCHARAN POR SU LIBERTAD.



TARZAN OYÓ LOS GRITOS DE NANI ALENTANDO A LOS MATABELES, Y CUANDO ESTOS AVANZARON, LOS HIZO RETROCEDER CON FURIA SALVAJE.



LA PESADA HOJA, LANZADA CON TODA LA FUERZA DE TARZAN, SE HUNDIÓ EN LA GARGANTA DEL GUARDIA POR ENCIMA DE LA COTA DE MALLA.



ESQUIVANDO LA LANZA DEL SEGUNDO GUARDIA, TARZAN SE ECHO A UN LADO, TOMÓ AL HOMBRE POR LAS MANOS, Y DE UNA SACUDIDA LO HIZO PASAR POR ENCIMA DE SU CABEZA.

HOGARTH



MIENTRAS TARZAN SE VOLVÍA Y CORRÍA HACIA EL MURO, LOS GUERREROS LANZARON GRITOS DE TRIUNFO. DE ESPALDAS A LA PARED, EL HOMBRE-MONO MORIRÍA.

TAN SEGURO COMO EN EL BANCO - SU DINERO EN CX 32



CX 32 DE MONTEVIDEO — CON DIRECCION Y ESTUDIOS EN 18 DE JULIO 1194

Teléfonos: 8.88.55 - 56

Frecuencia: 1.170 Kilociclos

AUMENTE SUS VENTAS, ANUNCIANDO EN ESTA EMISORA

Casa Soler

SOLER HNOS. S. A.

SECCION NIÑOS

OFERTAS ESPECIALES

PARA EL DIA DE LOS NIÑOS

Anticipe sus compras

CAMISA en fresca tela de algodón a cuadros, para jovencitos Nros. 34 al 36 \$5.60
30 al 33 **\$5.20**

Practico PANTALON en gabardina de algodón de catizado americano, talles 14, 15 y 16 **\$12.00**

Vaporesco VESTIDO, confeccionado en brisas de verano, para niñas de 1 a 4 años, Talles 3 y 4 **\$8.00**
1 y 2 **\$7.50**

BUZO en malla de algodón interlok, colores de actualidad, talles 1 y 2 **\$1.80**

Aumenta \$0.30 cada 2 talles

PANTALON jardinerito para niñas, confeccionado en fresco brin sanforizado americano, talles 0 al 12, talles **\$5.70**

Aumenta \$0.50 cada 2 talles

Bonito PIYAMA prolijamente confeccionado en rica tricolina lisa, talles 4 al 16 **\$11.50**

Aumenta \$0.50 por talle

Fresca BLUSA con corbata, confeccionada en jersey de seda "Milanes" indemallable, con elástico en la cintura, talle 4 **\$5.20**

Aumenta \$0.50 cada 2 talles

PANTALON en tropical americano, para niños de 6 a 14 años, talles 6 y 7 **\$10.00**

Aumenta \$0.70 cada 2 talles

BLUSA sport, en fresco panama de algodón, talles 2 al 12, talles 2 y 4 **\$3.75**

Aumenta \$0.35 cada 2 talles

JARDINERO, confeccionado en brin sanforizado en colores varios, talles 0 al 16, talles 0 al 4 **\$3.50**

Aumenta \$1.00 cada 2 talles

Practico DELANTAL, confeccionado en tela Marlene completamente firme al lavado, para niños de 4 a 12 años, Talles 4 y 5 **\$8.20**

Aumenta \$0.50 cada 2 talles

EN NUESTRAS TRES CASAS

CASA MATRIZ
Av. AGRACIADA 2302
ESQ. M. SOSA

SUC. GOES
Av. GAL FLORES 2341
ESQ. M. BERTHELOT

SUC. CORDON
Av. 18 DE JULIO 1601
ESQ. CARLOS ROXLO

CLIENTES
DEL INTERIOR
EFECTUEN
SUS COMPRAS
CONTRA
REEMBOLSO

REDUZCA SU PRESUPUESTO COMPRANDO AL CONTADO